

www.elboomeran.com

**KATIXA AGIRRE**

# **LOS TURISTAS DESGANADOS**

TRADUCCIÓN A CARGO DE LA AUTORA

**PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA**



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

*1ª edición: septiembre de 2017*

Diseño de cubierta: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez

Ilustración de cubierta: María Azkarate

© De la traducción: A cargo de la autora

© Katixa Agirre, 2017

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2017

Luis Santángel, 10. 46005 Valencia

[www.pre-textos.com](http://www.pre-textos.com)

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-16906-54-3 • DEPOSITO LEGAL: V-2383-2017

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

*Esta novela está dedicada a Lea.  
Apareciste en medio del camino, y lo hiciste mejor.*

La carretera. El coche en la carretera. La línea recta. La misma línea recta que invita a la conversación, al silencio, a la locura. La línea recta e infinita. La línea recta y de pronto curva. Directa hacia el norte. La carretera y sus cunetas. La carretera y sus señales, los fantasmas de los autostopistas, raya continua y raya discontinua, las gasolineras, los bichitos que, ¡plas!, mueren estampados contra el cristal del parabrisas. Sangre, sudor y lágrimas: adelante, siempre hacia adelante.

Restop. Restaurante El Figón. Travel Club. Club La Boheme. Peaje. Toll.

*Go on, go on.*

La carretera y el viaje, metáfora de asfalto, camino hacia el autoconocimiento, penitencia, exilio, cuarenta años de travesía por el desierto. Ítaca. Motivo que, en la historia de la literatura, cuenta con una nutrida tradición. Qué te creías. Estas cosas se hacen con fundamento. Con una revisión de toda la literatura previa. *Status quaestionis*, como bien sabes.

*Don Quijote de la Mancha*, cuando los caminos no eran todavía de asfalto. *La carretera*, en una era postapocalíptica en la que las carreteras asfaltadas de poco sirven ya. O si no, en un tiempo intermedio: *En la carretera*, un clásico (sobrevalorado, según mi humilde opinión). O *Las uvas de la ira*, otro clá-

sico. Sin olvidar a la pequeña *Lolita*. Qué decir de Lolita. Lo-li-ta.

Destaca la producción norteamericana, como no podía ser de otra manera: por algo fueron ellos los inventores de la carretera.

Pero también aquí, en las exiguas páginas de la literatura vasca, si se busca con cuidado. La historia también ha dado vascos que gustaron de la carretera. Las bujías. El olor a gasolina. No todos cruzaron océanos para masacrar indios, para evangelizar el Japón, para conquistar las lejanas Filipinas. Algunos prefirieron la carretera. Jean Etchepare, médico de profesión, escribió *En automóvil* en 1931. *Automóvil*, qué bella palabra, por qué habremos dejado de utilizarla. Cuántas de las palabras que use de ahora en adelante habrán caído en desuso cuando todo esto llegue a tus manos. Cuántos significantes vacíos vas a poder soportar.

Pero es pronto para agobiarte con mis preocupaciones léxicas. Empecemos suave, metamos la primera, hay que poner en marcha un vehículo de gran tonelaje.

¿De quién es la idea? Tuya. Pongamos que la idea es tuya. Debe de ser tuya, claro. De repente me dices:

– ¿Y por qué no, Ulia?

Y yo te contesto:

– ¿Y esto a qué viene, Gustavo?

Eres Gustavo cuando me haces propuestas desconcertantes. Gus, cuando he de pedirte que me compres chocolate negro en el supermercado. Gustavito, si de lo que se trata es de burlarme de ti. Gusiluz, cuando tienes fiebre y te acurruacas como un pajarillo. El punto G. La rana Gustavo. Gustav

Mahler. Gustave Eiffel. Gustave Flaubert. Gustavo Adolfo Bécquer. Mi negro, mi mayordomo, mi dueño. Mi guía y chófer. Sobre todo eso.

Pongamos que quieres probar el coche nuevo. Rodarlo, como dices tú. Pongamos que quieres *rodar* el coche nuevo. Pongamos que necesitas unas vacaciones tranquilas, buen vino y quedarte mirando al mar. Pequeños placeres, placeres lentos. Carreteras secundarias. Pero iremos siempre por carreteras secundarias, ¿de acuerdo? Has tenido un año duro. Prácticamente aún no has deshecho la maleta de tu último viaje: una semana en la República Dominicana dando clases en un Máster de Litigación Internacional. Tu vida no es fácil. Tengo que entenderlo.

Está bien. Pongamos que, de una vez por todas, quieres conocer a fondo mi tierra, mi cuna, el origen de todo esto. Ya va siendo hora, ¿no? Te tienen hartado las visitas precipitadas de fin de semana, las bodas y los funerales. Quieres emparte de mi tierra, mi terruño, mi tierrita. Mi ruina, por decirlo claramente. Pero tú eso aún no lo sabes. Ya lo sabrás. A su debido tiempo. En eso consiste el viaje, al fin y al cabo, el autoconocimiento y todo lo demás.

Gustavo, he recorrido contigo la llanura de Messara, pero nunca la llanada alavesa. Me metí contigo en el desierto de Mojave, en un coche alquilado cuyo aire acondicionado dejó de pronto de funcionar, pero jamás nos hemos atrevido a adentrarnos en las Bárdenas. Hemos cruzado en ferry el estrecho de Gibraltar y hemos comido besugo navegando por el Bósforo, pero nunca hemos explorado desde un barco el famoso *flysch* de Zumaia. Hemos pagado entrada por ver a actores mal disfrazados en el Museo de las Brujas de Salem, pero hasta ahora hemos hecho caso omiso de las brujas de Zugarramurdi y de sus aquelarres.

Ya va siendo hora, ¿no?

Así que pongamos que te digo que sí, que me pliego a tus deseos amorosamente. Porque yo contigo soy así, de vez en cuando. Pongamos que, con un estudiado entusiasmo, te respondo:

Pues no es tan mala idea.

Deja que llame a mi madre para comentárselo.

La verdad, no me esperaba un plan así, pero...

Y de pronto, de manera casi imperceptible para mí, el plan ya está montado, ha crecido demasiado y es tarde ya para un aborto. Se me ha ido de las manos. Y partimos hacia la Patria, allá que vamos. Y aquí estamos. En el coche nuevo. Rodándolo. En la carretera. Rayas continuas y rayas discontinuas. Etcétera.

Al principio no hablamos mucho, es pronto y puede que estemos medio dormidos. Entonces pones música. Una lista creada para la ocasión. Música electrónica tranquila: el segundo disco en solitario de Tracey Thorn, me explicas, como si a mí estas cosas me importaran. Después de un rato, me pides con urgencia que te hable, que te dé conversación. Te estás quedando dormido. Hago lo que puedo. Te hablo de mi madre. Te digo que, en realidad, y pensado en frío, estaremos mejor sin ella, aunque todos hayamos simulado decepción al saber que nuestra visita coincidiría con sus vacaciones en Granada.

Se te ve feliz en el coche, conduciendo. En estos últimos tiempos has hecho un descubrimiento asombroso: el amor hacia los objetos.

Aunque siento decirte que en la elección de tu objeto amoroso no has sido demasiado original.

Estás pasando las crisis de los cuarenta con cinco años de antelación, y toda esta pasión por un automóvil te viene, sin embargo, con quince años de retraso. Lo intentas esconder, además, avergonzado seguramente de este apego extempo-

ráneo. Pero yo lo noto. En tu manera de posar las manos sobre el volante. Con orgullo y seguridad, sí, pero con algo más también, una ternura firme, algo que como ves me atrevo a llamar amor. La palabra en cuestión no me da miedo.

Los objetos, ciertos objetos, nos despiertan sentimientos, y nosotros, en justo trueque –absurdo trueque–, les correspondemos con toda una colección de sentimientos. Así somos.

Tengo entendido que dejar el tabaco y el proceso de duelo por un amigo son procesos psicológicos muy similares. El tabaco es una roca. Nos infunde confianza. Está siempre ahí, a la espera de que lo necesitemos. Aun cuando no estamos fumando, sólo meter la mano en el bolso y notar los ángulos puntiagudos del paquete en la palma de la mano suele ser suficiente para rememorar y presentir los momentos de sosiego y libertad que nos ofrece. El tabaco siempre acude a nuestra llamada de auxilio: es el paréntesis en medio del azote de la tormenta, el último miembro en unirse de manera natural a esa cena de amigos, el humo que ofrece la debida trascendencia a una estrellada noche de verano. Hace mejores los buenos momentos y lo mismo consigue con los malos. Suelta con facilidad los nudos del estómago, las ganas reprimidas de llorar. Y, de ser necesario, puede también convertirse en el complemento necesario de nuestra imagen pública. ¿Y no es todo esto lo que le pedimos a un buen amigo?

La nicotina no es excusa. La dependencia física desaparece transcurridas las primeras veinticuatro horas. El proceso emocional, ese adiós definitivo al amigo, a veces no se supera en toda una vida.

Qué decir, entonces, de un coche. Tótem perfecto del capitalismo que en sólo un siglo de vida ha acumulado ingentes cantidades de capital simbólico, por no hablar del papel determinante que juega y ha jugado en la identidad y autoes-

tima de los hombres del primer mundo inicialmente, y ahora, cada vez más, entre aquellos de los países que se dicen *en desarrollo*. La máquina perfecta y definitiva. El objeto más grande y más caro que adquirirá nunca el ciudadano medio. El espacio sagrado donde transcurrirán las largas horas de embotellamiento. Un refugio con ruedas. La forma antropomórfica que han desarrollado las delanteras de los coches aviva la relación afectiva entre el conductor y su máquina. Coches sonrientes, concentrados, solemnes. Para los conductores angloparlantes, los coches son chicas. “*Good girl!*”, le dirán entusiasmados si, tras pasar una noche a la intemperie y amanecer congelado, el motor responde con un bufido potente y dispuesto. Ignoro la razón de esta asignación de género.

Sí, Gustavo, amas con locura tu nuevo BMW Serie 1. Color Bluewater. Línea Urban. No es sólo que lo ames, que estés perdidamente *in love*. Es que estás llegando a extremos ridículos. Te he pillado comprando por internet un guante de microfibras para masajear con delicadeza su sensual superficie. Un guante de microfibras, por el amor de dios.

En fin: lo amas y no hay vuelta atrás. Llorarías a moco tendido si lo vieras precipitarse por un acantilado, si apareciera calcinado tras una noche de revueltas callejeras; y su recuerdo te visitaría siempre, en los momentos menos pensados. Has llegado tarde a este punto, tarde y con el fervor del converso. Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué no, se me ocurre, al cumplir los dieciocho, o cuando acabaste la tesis, o cuando empezaste a trabajar o conseguiste la plaza? ¿Por qué no mientras vivías en Estados Unidos, país que fundó ciudades lejanas entre sí con la única excusa de usar el automóvil? ¿Por qué no en navidades, o aprovechando un cumpleaños? ¿Por qué ahora, al comienzo de un verano estándar sin marca en el calendario? ¿Y por qué este coche, un BMW a estrenar? ¿Cómo has

llegado a este coche? Te lo recordaré. Empezaste ojeando las revistas de anuncios por palabras. Algo de segunda mano era lo que necesitabas. Buscabas cualquier cosa que pudiera llevarte del punto A al punto B. Un Clio. Un Ford Ka. Realmente cualquier cosa satisfaría tus necesidades. Finalmente, y con la idea de que a largo plazo era lo más conveniente, te inclinaste por un vehículo nuevo y pediste consejo entre tus amistades. Un Mégane, te dijeron, un coche que con algunos extras puede quedar muy apañado. O un Seat León, aunque bien pensado resulta demasiado agresivo para ti, Gustavo, no es tu estilo. ¿Un Volvo? No, aún eres joven para eso. Un Volkswagen Polo, el ideal para los que sólo quieren un coche fiable. Eso me interesa, cuéntame más. Así fue como empezaste a obsesionarte con los coches alemanes. Los consideraste todos, de Baviera hasta Baden-Württemberg. Te viste dentro de un Opel y fantaseaste con un Porsche.

Al final, ganó el compacto muniqués: para aquellos que creen en la marca pero rehúyen cualquier ostentación. Se trata de un BMW, sí, pero es pequeño, humilde, eficiente y discreto. ¿Sabes que tus amigos hacían apuestas a cuenta de este tema? Yo me jugué diez euros a que acabarías comprándote un Audi A3. A mí, en secreto, me tiraba más ese coche. Entraron tarde en España los Audi, en 1993, pero supusieron el descalabro para su competencia directa: los BMW. Eran también coches Premium, de eso no había duda, y dotados igualmente de tecnología bávara, pero venían con ese aire joven, informal, claramente *casual*: el coche perfecto para esos jóvenes sobradamente preparados dispuestos a aprovecharse irónicamente de todo lo que el capitalismo pudiera ofrecerles. Sin un ápice de pompa o corrupción. BMW tardó en reaccionar, pero finalmente devolvió el golpe, revolucionando el mundo de la publicidad para siempre. ¿Te gusta conducir? En aquellos anuncios ni siquiera llegaba a verse nunca un coche. Una

carretera, la mano que sale por la ventanilla, reminiscencias de una infancia sobre ruedas, las luces de la ciudad, encendiéndose paulatinamente según va anocheciendo. El éxito fue inmediato y rotundo. De repente, multitud de gente descubrió que amaba conducir y que amar así un coche era posible. Más que posible, incluso deseable.

¿A ti también te gusta conducir, Gustavito? ¿Por eso perdí aquellos diez euros? Por supuesto que te gusta. ¿Recuerdas que nada más salir de casa has comentado que una vez que paráramos para tomar un café podría tomar el relevo al volante? Pues resulta que ya hemos parado, ya hemos tomado un café lamentable y un donut seco en un pueblo abrasado de la provincia de Burgos, y una vez de vuelta en el coche yo no te he dicho nada pero tú también te has cuidado de no ofrecerme nada. Por eso, porque eres mi chófer, por tu concentración en la carretera y tu determinación, has sido tú el primero en ver el cartel.



**EUSKADI**



**ARABA/ÁLAVA**

Ya estamos aquí, entonces. Álava, oh, Álava. El corazón me da un pequeño vuelco y comienzo a cantar. *¿Acaso eres tú la séptima hija? En el norte, bosques imponentes; en el sur, campos desnudos.*